

Oswaldo Carvajal Muñoz

**El polisistema literario como herramienta para la inclusión de la crónica urbana
en las historias literarias: una propuesta metodológica**

Universidad de Chile

osvaldo.carvajal.munoz@gmail.com

En las siguientes páginas se busca problematizar la inclusión de un género que ha resultado incómodo para los estudiosos de la literatura a lo largo del tiempo por su carácter híbrido; hibridez que lo ubica entre dos instituciones: la literaria y la periodística. Me refiero, por supuesto, a la crónica urbana. Ahora, pensando en inabarcabilidad de cualquier estudio filológico que no sea lo suficientemente acotado, se ha elegido a un autor en particular con el cual se trabajará: Joaquín Edwards Bello, escritor chileno de la primera mitad del siglo XX, quien nos permitirá estudiar desde diversas perspectivas cuáles son las relaciones que se establecen entre su producción “periodística” y literaria propiamente tal y cómo el estudio de estas relaciones podría ayudarnos a la hora de incluir ciertos géneros “problemáticos”, que no se ciñen a los parámetros tradicionales de clasificación genérica, en la construcción de una historia literaria que supere algunas de las dificultades que se han presentado para integrar dicho tipo de textos hasta el momento. De ese modo, finalmente, se pretende generar una propuesta metodológica que permita salvar estas dificultades y contribuir (mínimamente) en el proceso de la construcción de las nuevas historias literarias de América Latina.

Un diagnóstico del problema: el estatus entregado a la crónica, revisado en tres textos de historiografía literaria

Pensando en las palabras de Ana Pizarro, con respecto a que la construcción de una historia literaria hoy en día debe considerar “un amplio espectro de manifestaciones que desbordan la concepción canónica de ‘lo literario’ en términos de ‘bellas letras’, expresando la pluralidad de prácticas discursivas propias del registro cultural de América Latina” (72), el presente apartado pretende hacer una revisión acotada, como ya se ha dicho, en cuanto a autor y género, de cómo ha sido tratada la producción cronística de Joaquín Edwards Bello en tres niveles: 1) en una historia de la *literatura* chilena; 2) en una historia de *autores* de la literatura chilena; 3) en una historia de la *corriente naturalista*, dentro de la cual se ubica frecuentemente a nuestro autor, en la novela chilena. Revisando estos tres textos de historiografía literaria y la manera en que en ellos (no) se aborda el género en cuestión en relación con la producción propiamente literaria del autor, estaremos en condiciones de hacer la propuesta metodológica prometida más arriba. Antes de entrar en materia, eso sí, es necesario presentar al autor en cuestión.

Joaquín Edwards Bello (Valparaíso, Chile, 1887 – Santiago, Chile, 1968) ha sido uno de los personajes del ambiente literario chileno más pintorescos del siglo XX. Y la palabra “pintoresco” no está usada en absoluto de modo peyorativo: es una palabra muy aplicable a una biografía llena de viajes y aventuras y una bibliografía que va desde las crónicas de periódico hasta poemarios dadaístas, pasando por novelas de clara influencia naturalista. Mucho se dijo en su época sobre él y algo más se dice hoy en día; pero resulta curioso el abandono en que lo han dejado la academia y los estudios literarios. Hace un par de años, y solo debido a un proyecto de restauración de su vasto archivo en la Biblioteca Nacional de Chile (una colección de más de 1975 piezas que se conservan del autor), su nombre volvió a aparecer e, incluso, su imagen, temporalmente, a decorar una de las estaciones del metro de Santiago. Con este auge de su nombre e imagen coincide la publicación de varios volúmenes que compilan, por un lado, sus escritos en periódicos

y, por otro, sus cartas personales.¹ Es a este personaje, tan controvertido en su época y siempre controversial, al que se ha elegido para realizar este estudio; debido al gran volumen de su producción cronística y a la importancia que tiene esta (según nuestro punto de vista) con respecto a su estilo “propiamente” literario, es que resulta tan *ad hoc* para “poner a prueba” a los tres textos que se han escogido para analizar. El rastreo que se hará a continuación irá de lo general a lo específico, es decir, desde la historia de la literatura chilena hasta la historia de la novela naturalista en Chile.

Hugo Montes y Julio Orlandi: una historia de la literatura chilena sin cabida para el periodismo

Como los mismos autores lo reconocen en el prólogo, la *Historia de la Literatura Chilena. Revisada y puesta al día* constituye una obra de consulta y lectura “adecuada para quien, sin afán de especialista, busque una información amplia y comprensiva de la literatura chilena” (16). No obstante, incluso en el ámbito académico, al menos en los programas de algunos cursos de las carreras asociadas a la literatura a nivel universitario, esta obra constituye una referencia muy recurrente. Hay que partir diciendo que operan, en la clasificación que los autores llevan a cabo, dos categorías principales: la de género literario y la cronológica. Esta obra se divide en cinco partes: *Desde la conquista a la independencia*, *Época moderna y época contemporánea*, *Poesía moderna y contemporánea*, *La crítica y el ensayo*; y, finalmente, *El teatro*. Llama la atención el nombre asignado a cada una de las partes, pues, como se aprecia, pareciera que, mientras en la primera y segunda es el criterio temporal el escogido para la consideración histórica de la literatura nacional, en los que les siguen es el criterio genérico: tenemos la poesía, los géneros “no literarios” y el teatro. Eso sí, se debe decir que, dentro de cada una de estas partes, hay otro criterio que va dando forma a esta obra: el del autor. La *Historia de la Literatura Chilena* de Montes y Orlandi es, a grandes rasgos, un catálogo de autores que se ordenan, al menos dentro de

¹ Me refiero, en primer lugar, al volumen publicado por Cecilia García Huidobro; y, en segundo lugar, al proyecto Biblioteca Joaquín Edwards Bello de la Editorial de la Universidad Diego Portales, que consta, hasta el momento de cinco volúmenes: *Crónicas reunidas I, II, III, IV* y una compilación epistolar: *Cartas de ida y vuelta*.

la segunda parte (época moderna y contemporánea), según movimientos y generaciones. Antes de continuar, es necesario señalar otra conclusión que puede sacarse de la ordenación que se acaba de describir: es, para el criterio de los autores, el género más importante en la historia de la literatura chilena el narrativo, pues es el que se encuentra tratado con una mayor extensión y es el que no necesita una precisión a nivel de nombre (como sí lo necesitan la poesía y el teatro).

Pasando a otro punto, cabe preguntarse en qué parte y en qué capítulo específico se encuentra el autor que hemos escogido para “rastrear” en esta monografía: la respuesta es en la segunda parte, en un capítulo llamado *Generación de 1912: naturalista mundonovista*. Pensando en lo que se ha dicho, que toda la segunda parte de la obra se dedica a hacer un catastro de autores que cultivaron el género narrativo, es predecible lo que pasará al buscar referencias sobre la producción cronística de Edwards Bello. Si bien se introduce su figura como la de un “cronista, novelista y cuentista”, las únicas referencias que se hacen a su actividad como “periodista” están hechas en función de hacer una apología del estilo del autor frente a las acusaciones del descuido formal de sus obras que hizo la crítica de su época:

Diarista por vocación, imprimió en sus hojas el sello del periodismo. Abundan, en consecuencia, en datos accidentales, útiles en el momento pero innecesarios en una creación trascendente [...]

La inusitada frecuencia con que Edwards Bello generaliza acentuando antes la imaginación que la observación permanente, puede deberse a la excesiva confianza que adquirió gracias a los artículos con que a lo largo de casi medio siglo analizó la vida nacional [...]

Conviene insistir en que su estilo, vigoroso y sencillo, inmerso en un humorismo hábil, lleva la impronta del periodista: descuido formal, derivado de la ejecución precipitada de sus obras. Su valor reside particularmente en el fondo. Se siente portador de un mensaje de renovación moral y lo transmite con la voz estridente del predicador evangélico. Por eso no ha de extrañar el subido número de reflexiones y motivos que se repiten a lo largo de su producción. (153-155).

Si bien algunos de los juicios resultan bastante acertados, como la analogía religiosa hecha sobre Edwards y el púlpito que constituía su espacio semanal en el periódico *La Nación*, para

quien haya estudiado la evolución del estilo tanto de las crónicas como de las novelas del autor, pareciera ser que sus años de cronista lo único que hicieron fue jugar a favor del mejoramiento y corrección de algunos de los problemas formales de sus novelas de juventud; incluso, el mismo Montes señala que hubo “un mejoramiento estilístico en sus producciones” (154).

Ya revisadas las tres páginas en las cuales Montes se dedica, más que nada, a recoger opiniones críticas sobre los problemas de estilo y la evolución como novelista de Edwards, cabe preguntarse si es que se encontrará alguna otra referencia en el apartado dedicado a la crítica y el ensayo (la cuarta parte, anterior a la final, que versa sobre el teatro). En esta cuarta parte, Montes, después de enumerar autores que se desempeñaron en “la crítica literaria” y “el ensayo”, añade, a modo de apéndice, dos subcapítulos: *Historiadores* y *Periodistas*. Al mirar la página que el autor dedica a este último subcapítulo, nos encontramos con comentarios muy similares a los hechos en la descripción de Edwards Bello y su relación con este “género”:

[...] [C]on frecuencia las creaciones de esta índole rebasan las fronteras intrascendentes de lo ambiental con un carácter de perdurabilidad que las acerca al ensayo. Cuando hablamos de periodismo, restringimos el término para ajustarlo a editoriales, crónicas o comentarios de revistas o diarios. El estilo utilizado por este género sufre las limitaciones derivadas de la comprensión media del público lector. De allí las preferencias por la expresión directa y el vocabulario coloquial. Felizmente la mayor parte de los periodistas de renombre cultivan también la literatura creadora [...] (341).

Justamente, a continuación de la cita, se hace un pequeño catastro de “periodistas de renombre” que también cultivan la “literatura creadora”; entre ellos está Edwards. Hay que reparar en que este “rescate” que hace Montes de algunos valores literarios que utilizan su pluma para plasmar su pensamiento en los periódicos no obstaculiza que mire en menos al grueso de la producción periodística, pensando en el público masivo al que van dirigidos esos escritos y, por tanto, la sencillez del estilo y vocabulario utilizado en ellos: características

que suelen desembocar en la superficialidad o vulgaridad de los periodistas adocenados. Por otra parte, hay un afán nivelador utilitario que tiende a emparejar hacia la base de la pirámide, hacia los de menos

preparación. Por eso se sostiene que el periodismo es “el termómetro de la civilización de un pueblo”. Sin embargo, son numerosos los periodistas que logran superar estas condiciones adversas del género y producen ensayos de innegable sabor literario. (342).

Se lee entre líneas, entonces, que el hecho de que las crónicas, artículos y otros géneros periodísticos no estén incluidos en esta historia literaria construida por Montes y Orlandi se debe, en primer lugar, al poco valor que se le otorga al grueso de estas producciones, pues para el autor existen solo excepciones de estos autores que logran darle un “sabor literario” a lo que publican en periódicos. Por otro lado, ya vimos que, al menos en el caso de Edwards, se considera negativa la influencia del estilo periodístico sobre el estilo literario; es, de alguna manera, un medio desde el cual se pueden arrastrar vicios discursivos que vayan en desmedro de la calidad estética del texto literario (esto, claro, debido, como ya se dijo, a las condiciones de producción del discurso periodístico).

Raúl Silva Castro y su *Creadores chilenos de personajes novelescos*:

¿error consciente o lucidez en la selección de la información?

En el caso del segundo texto a revisar, *Creadores chilenos de personajes novelescos*, de Raúl Silva Castro, el editor parte señalando en el prefacio:

El presente libro ha sido escrito por don Raúl Silva Castro a petición de la BIBLIOTECA DE ALTA CULTURA, para presentarlo al público como anexo de la novela “Motín en la Biblioteca”, la novela de las novelas chilenas, por Tancredo Pinochet, que se publica simultáneamente con el anterior y por esta misma Editorial.

En “Motín en la Biblioteca” figuran los personajes de las novelas chilenas. En este libro figuran los autores. En el primero no se establece jerarquía alguna en cuanto al mérito de las novelas. En el segundo, el Sr. Silva Castro, autorizado crítico literario, periodista, historiador y miembro de la Academia Chilena de la Lengua, presenta a los autores y emite juicios literarios acerca de sus obras. (1).

Nos enfrentamos, entonces, nuevamente a una obra que, aparentemente, no va dirigida a un público académico especializado; sin embargo, como el mismo editor señala (y lo demuestra que Montes, en la obra revisada en el punto anterior, inscriba a Silva Castro en el catastro de grandes críticos literarios), Raúl Silva Castro constituye una autoridad en la crítica literaria que durante mucho tiempo fue una referencia obligada en la academia y los estudios literarios en Chile. En esta obra, al contrario de lo que pasaba en la anteriormente revisada, el criterio de ordenación es mucho más transparente: corresponde a un catastro de “grandes” novelistas chilenos. Es por ello que a Edwards Bello se le dedican unas no despreciables dieciocho páginas en este estudio, siendo, obviamente, la mayoría un análisis de sus principales obras narrativas y la evolución del estilo y temática de estas; además de la recopilación de opiniones de otros autorizados críticos literarios de la época del autor sobre su obra.

Las referencias a las crónicas de nuestro autor, en este caso, si bien son aún más breves que en la obra de Montes y Orlandi, se hacen desde una valoración positiva con respecto a su relación e influencia en el estilo escritural de Edwards en sus novelas:

La novela, [sic] es, sin duda, una de sus más notorias especialidades, pero el autor es también cronista, y al sostener durante muchos años su columna de “La Nación” ha dejado desperdigadas en el diario no pocas insinuaciones y sugerencias novelescas que tal vez completen lo que alcanzó a entrar en los libros, y mil rectificaciones, añadidos y complementos que podrían seguramente hacer más profundas las dimensiones de su obra propiamente novelesca. (207).

Esto lo señala Silva Castro con relación a que referirse también a su producción cronística implicaría “invadir páginas que corresponden a otros escritores”. Es decir que, en esta obra, Silva Castro, ligado estrechamente al periodismo, hace una valoración del discurso periodístico de Edwards Bello; sin embargo, se niega conscientemente a incluir cualquier tipo de análisis más extenso en la obra. Por tanto, podemos asumir que no considera que esa producción esté dentro del campo literario.

Este interés que le genera el trabajo de las crónicas de Edwards se refleja en algunas palabras que escribe hacia el final del capítulo dedicado al autor, cuando habla de la madurez que a través de los años adquirió su estilo narrativo:

Así como Miguel Angel [sic] para llegar a combinar los personajes de que están pobladas las cúpulas y bóvedas de la Capilla Sixtina hubo de emborronar miles de páginas de papel, algunas hasta hoy conservadas, páginas con esbozos entre los cuales el pintor hizo enseguida rigurosa selección; del mismo modo, Joaquín Edwards hace primeros bosquejos de sus libros en el diario, en forma de artículos y de crónicas. Cuenta las anécdotas dos, tres y más veces; estudia un mismo asunto bajo diferentes luces; aduce testimonios que pudieran contradecirlo, y se entretiene en la refutación, siempre provisional; se rectifica o se ratifica según ordene el espíritu que vigila para ordenar aquel aparente caos. La novela nace después, y de los esbozos que suman centenares de miles de palabras, el autor traza con mejor pulso sólo [sic] las justas para hacer un libro manejable. (220-221).

Encontramos aquí algo que no estaba presente en la obra de Montes y Orlandi; de hecho, es todo lo contrario: una valoración de las crónicas como una especie de laboratorio de tipo “ensayo y error” que opera en función de la producción novelística del autor en cuestión. No obstante, de todos modos, Silva Castro deja claro que las crónicas de Edwards no tienen mucho que hacer en una historia literaria, mucho menos en la historia de los grandes novelistas chilenos; en definitiva, que no pertenecen directamente al campo literario, mas sí, al menos desde un punto de vista estilístico, se relacionan con él. Ya veremos que esto se puede llevar a un punto más elevado y específico en el segundo apartado de este trabajo, donde se hará la ya tan mentada propuesta.

Vicente Urbistondo y su historia de la novela naturalista en Chile:

irónicamente el estilo periodístico no tiene cabida en la escuela de Zolá

La presente obra, *El Naturalismo en la novela chilena*, es tan transparente en sus criterios de clasificación como la de Silva Castro: se trata de una breve historia de la adopción de una

corriente narrativa francesa en la pluma de tres escritores chilenos: Augusto D'Halmar, Luis Orrego Luco y Joaquín Edwards Bello. Urbistondo toma de cada uno de ellos al menos dos de sus principales obras, las más representativas o más cercanas a la corriente del naturalismo. Es, por tanto, muy predecible que las referencias que se hagan a las crónicas escritas por Edwards serán mínimas; y lo son. De hecho, podemos encontrar una sola referencia directa a la escritura periodística del autor, en términos muy similares a los que utilizaban Montes y Orlandi en la *Historia de la literatura chilena*:

Hay algo que impide a Edwards la constancia en la documentación sistemática y la observación sostenida, y ello tal vez sea esa increíble facilidad de expresión que, aliada con los hábitos mentales creados por una existencia de periodista, se le mete en los libros; y, sin destruirlos, trata siempre de desorganizarlos más de lo necesario o lo tolerable para cualquier tipo de novela. La de índole naturalista no es ciertamente para este malabarismo literario.

Esto no fue siempre así. En la época del noviciado, que en su caso fue el de la primera novela, escribió con los modelos preferidos muy presentes [...] Hay pocos escritores mejor dotados para captar, penetrar, comprender y presentar su material que este novelista de Chile. Pero cada vez que pone manos a la obra novelística, se apasiona, opina y hasta divaga. (118-119).

Este comentario lo encontramos en el apartado llamado *La técnica*, del capítulo dedicado a Edwards en la obra de Urbistondo. Aquí es considerada su adscripción al mundo de la redacción periodística como un *impedimento* para llevar a cabo, de un modo ideal, los postulados de la novela experimental de Zolá; este *malabarismo literario* y *desorden* hacen exacto eco de las palabras de Montes, esta vez en un contexto más específico: el del apego a cierta corriente literaria, el naturalismo; pero no por esa especificidad deja de ser visto como un problema. Es decir, nuevamente, y esta vez de un modo radical, se enfrenta la escritura cronística del autor con su producción novelesca de un modo antagónico.

Conclusiones apresuradas para este apartado

Un aspecto que se debe considerar a la hora de sacar conclusiones sobre los resultados obtenidos, tras el análisis de las tres obras, es su fecha de elaboración y publicación. *Historia de la literatura chilena*, de Montes y Orlandi, se publicó originalmente en 1956²; *Creadores chilenos de personajes novelescos* fue publicado en 1950; y *El Naturalismo en la novela chilena*, en 1966. Se puede inferir de esto que nos encontramos en un momento en que en la crítica literaria chilena aún impera un parámetro que opera en dos polos principalmente: uno extremadamente textualista e inmanentista, con el cual identificamos, en este caso, el estudio de Urbistondo; y, por otro, a uno que tiene que ver con un parámetro autorial, dentro del cual podemos encasillar a Montes y Orlandi y Silva Castro, por el criterio utilizado a la hora de historizar la evolución de la literatura y la novela chilena, respectivamente. Pensando en esto, son entendibles las limitaciones señaladas con respecto a la no consideración de un género al que recién en 1985 y el 2005 Julio Ramos y Susana Rotker dedicaron, el primero, un capítulo y, la segunda, un libro completo a su estudio.³ Sin embargo, como señala Werner Mackenbach en su introducción al primer volumen de *Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas*:

[L]a historia literaria estudia las relaciones de los textos literarios entre sí, es decir sus características intertextuales en el devenir histórico, ubicándolos arquitectualmente en formas, géneros, subgéneros, movimientos, tendencias y épocas literarios (xvi).

Además, sostiene que

debe ocuparse de las condiciones de producción de la literatura, su divulgación y recepción en el proceso histórico. Desde esta perspectiva analiza la influencia de los discursos poéticos y estéticos y las condiciones materiales de su creación y producción, los modos de reproducción y difusión –como la transcripción, la copia, la impresión, la presentación en diferentes medios, la comercialización, etc.–, los

² Sin embargo, la edición con la que se ha trabajado aquí es la de 1982, corregida y revisada.

³ Me refiero al capítulo “V. Decorar la ciudad” en *Desencuentros de la Modernidad en América Latina: Literatura y política en el siglo XIX* (Ramos 112-142) y a *La invención de la crónica*, de Susana Rotker.

lectores intencionales y reales, la promoción de ciertos textos por la crítica literaria y los procesos de su canonización selectiva. (xvi).

Es, justamente, desde esta perspectiva que resulta muy útil el esquema que se propone en el siguiente apartado, del cual se hará una aplicación al caso del mismo Edwards Bello, para ejemplificar y mostrar cuán útil puede resultar en la creación y escritura de una historia de la literatura chilena, latinoamericana o de cualquier otro constructo regional que se elija para el trabajo.

Hora de la propuesta: la teoría del polisistema al servicio de la inclusión de la crónica urbana en la historia literaria

El polisistema literario

Frente a la reformulación que proponen los ya citados Werner Mackenbach y Ana Pizarro a la hora de abordar el nuevo objeto de los estudios literarios, es decir, cualquier producción literaria (en este caso desde el punto de vista genérico), resulta muy interesante el esquema propuesto por Itamar Even-Zohar, en el contexto de la literatura comparada, para aplicarlo al diseño de una historia literaria; y, además, para trabajar con la aquí llamada crónica urbana: género, como ya se ha dicho, que en el debate crítico ha tenido una larga historia de contradicciones, pues hay quienes la abordan como un género literario surgido del proceso de profesionalización del escritor moderno, quien se ve en la obligación de escribir para la naciente institución periodística; así como hay quien le niega un estatus literario, sosteniendo como argumento el carácter referencial de sus contenidos y lo testimonial de su función. A través de la teoría de los polisistemas, es posible estudiar la función y el papel que desempeña este polémico género en la obra de Edwards Bello y cómo se relaciona con los diversos elementos involucrados en el sistema social-cultural de su época. La teoría del polisistema ve el fenómeno literario como

un complejo conjunto de sistemas (conceptos de literatura en los planos práctico y teórico) que se influyen mutuamente y que mantienen unas relaciones siempre nuevas y cambiantes en función de escalas de valores (normas) y modelos que dominan en circunstancias dadas (Tötösy 227).

Este esquema adapta los factores de la comunicación de Jakobson al campo literario: tenemos, según eso, *productor* (emisor), *producto* (mensaje), *consumidor* (receptor), *institución* (contexto), *mercado* (canal) y *repertorio* (código) (Even-Zohar 29). Es, justamente, la interrelación en la que señala Even Zohar que están estos elementos el factor fundamental que hace de la teoría del polisistema una buena respuesta a los problemas para incluir un género conflictivo como la crónica en una historia de la literatura.

El polisistema aplicado a (una pequeña parte de) la obra de Edwards Bello: una propuesta ambiciosa

La carrera como escritor de Edwards está, desde sus inicios, ligada al periodismo; ya en los años de su educación escolar publicó y coordinó un par de publicaciones periódicas.⁴ Pero es el género novela el que le brindará su primera publicación en el ámbito literario: en 1910 aparece *El inútil*. Hay que decir que entre 1904 y 1909 viaja por Europa, principalmente por España, Francia e Inglaterra, en lo que Leonidas Morales señala como “un verdadero rito social y cultural de clase” (70). La clase a la que refiere es a la alta burguesía a la que pertenece su familia, de ascendencia aristocrática. Con veintitrés años escribe, ya de vuelta en Chile, su primera novela entre viajes y ajetreos, y la publica en septiembre de 1910, gracias a un amigo que trabajaba en la imprenta Universo.

Siguiendo con el esbozo de su relación con los elementos que conforman el sistema literario, es de importancia para el presente estudio mencionar los intermitentes viajes de

⁴ En 1901, a los catorce años y junto a Alberto Díaz Rojo, publica *La Juventud*, periódico financiado por su madre, que terminó siendo “sacado de circulación”, más específicamente quemado por su padre. A esto, un año más tarde, le siguió un único número de “una hoja humorística” llamada *El Pololo*, impreso en papel de envolver, que salió en una tirada de más de diez mil ejemplares (ver García-Huidobro 30-31).

Edwards Bello a Madrid y París, entre 1915 y 1921. En estos viajes tuvo contacto con grandes personajes del mercado literario del momento: se reproduce a continuación un extracto de un artículo escrito por Juana Martínez sobre la recurrencia de la vida madrileña en diversas páginas (a través de varios géneros) publicadas por Edwards. En la cita, la autora comenta la descripción que hacía de él Rafael Cansino Assens, intelectual, escritor y crítico muy influyente en dicho medio; en ella, se aprecia la relación y vinculación que Cansinos hace entre Edwards y Vicente Huidobro:

La referencia a Huidobro no es casual, ya que, por los mismos días que éste [sic] reivindicaba en Madrid su condición de creador del Creacionismo, Edwards, en cambio, lo reclamaba para sí. Él proclamaba ser el verdadero inventor del Creacionismo, contra las pretensiones de su primo que solo era “un mistificateur”, opinión que, por su parte, Cansinos no solo no compartía con él sino que estaba “resueltamente al lado de Huidobro”. Como aval de su talante creador, Edwards iba “ostentando el título flamante de *Président Dada au Chili*, que Tristan Tzara acaba[ba] de expedirle, con un gesto de fina displicencia”. También dejó esparcidos, para ejemplo de su imaginación creativa, algunos poemas bilingües “de una retadora incoherencia” –al decir de Cansinos Assens–, publicados en dos de las más renombradas revistas de la vanguardia española, *Grecia* y *Cervantes*. El crítico español –y es de suponer que algunos elegidos más– era conocedor también de un poemario dadaísta de Edwards, recién publicado en Santiago en 1920, *Metamorfosis*, firmado por un Joaquín convertido en Jacques, que le sugiere más que nada comentarios irónicos. Edwards, por su parte, conocedor del importante lugar que ocupa Cansinos en la crítica española no solo estima en muy alto grado su opinión sino que reconoce en él un “hombre de exquisita sensibilidad y de gran cultura” (75).

Edwards, en tanto productor, hace un viaje en el cual tiene contacto con otros sistemas literarios, en lo que interesa aquí, el madrileño y el parisino. Con respecto a este último, Edwards señala haber sido nombrado “Presidente dadá en Chile” por Tzara y se arriesga con composiciones de corte dadaísta en el mercado madrileño; pero, además, importa este código poético a Chile a través de *Metamorfosis* (en 1921, no en 1920 como dice Martínez). Por otro lado, serán sus experiencias en el medio literario madrileño las que lo llevarán, a partir de 1923, a

escribir diversas crónicas en el periódico *La Nación*, de Chile, sobre la realidad socio-político-cultural de España. Sin embargo, un año antes de la publicación de *Metamorfosis*, guiado por una influencia que pareciera incompatible con la que lo lleva a escribir su poemario dadaísta, el autor había publicado una de las obras con mejor acogida entre el público chileno y que sería la que lo consolida en el canon literario criollo: *El roto*.

Edwards Bello será quien, a través de esta novela, en 1920, logró de forma precisa representar los arrabales urbanos y la opresión que sufren, por parte de la clase imperante, los miembros de la clase marginal. En dicha obra, el autor presenta, a la vez, el cuadro de esos seres brutos y sometidos a condiciones infrahumanas que habitan el prostíbulo maloliente *La Gloria* y, por otro lado, da cuenta de los crímenes que miembros de este grupo social cometen por orden de gente perteneciente a la clase alta. La influencia naturalista del autor, en ese momento, lo llevó a plantear su novela como una obra “de observación y de compasión humanas” y a explicar que había surgido como “un reflejo del sadismo y de la crueldad nacionales” (Edwards, *El roto* VII). El mismo año en que Edwards acogió los parámetros estéticos del naturalismo en esta novela, incursionó en el periodismo. Señala García-Huidobro que sus inicios en el periodismo profesional tuvieron lugar fuera de Chile, pues publica en Argentina un artículo titulado “Balmaceda y Alessandri” (ver 59). No obstante, resulta interesante pensar en las palabras con que tres años antes, frente al ofrecimiento de su primo Andrés Balmaceda Bello de publicar en *La Nación*, vía carta desde París, manifiesta su opinión con respecto a publicar en un periódico:

No conozco el diario, pero me basta que sea propietario don Eliodoro Yáñez para imaginarme lo que será. Ese caballero es de lo más sólido y prestigioso que tiene nuestro mundo político [...] Pero temo que mis correspondencias no sean del agrado del público. El público de allá es joven y está todavía en el período de la complicación; le gusta lo ampuloso y estentóreo. Yo empezaba a doblar ese cabo peligroso cuando te fuiste ... y en Madrid lo perdí de vista: estoy ya en el mar sereno, sin tifones ni deslumbradoras tempestades eléctricas. Estimo que los artículos de los diarios deben ser democráticos y sencillos, al alcance de todos los entendimientos, sin rimbombancias ni fililíes. El diario moderno es del pueblo, un arma de las masas, debe reflejar ideas populares, ansias nacionales. (58).

No obstante la consideración sobre sus potenciales consumidores, Edwards en 1920 publicó su primer artículo. A partir de ese día escribiría durante más de cuarenta años consecutivos en ese periódico y seguiría publicando novelas en el intertanto. Hay que considerar que Edwards Bello ya está en una posición en que su producción y su nombre son conocidos, tanto en el sistema literario chileno como en el extranjero (madrileño, para ser específico), y su entrada en el mercado periodístico puede asociarse a este mismo prestigio, lo que se leería en el ofrecimiento que le hace su primo en la citada carta. Así, con influencias variadas en cuanto a estilos, Edwards se presenta como un productor con un repertorio muy amplio de formas y será en la crónica donde todos los recursos estilísticos aprendidos en su desempeño como escritor de novelas y cuentos se aplicarán con determinados fines.

Pensemos ahora en este chileno en Madrid, capital del Estado español, que, como toda capital, tiende a la concentración de todo fenómeno de reciente aparición. Se puede decir que, a principios del siglo XX, hay en la Península una institución literaria consolidada, pues existen espacios como las tertulias literarias madrileñas, los Ateneos (en Madrid y Barcelona), medio en el cual Edwards Bello en su estancia en Madrid logrará insertarse. En 1922 publica en la capital española, a través de la Editorial Mundo Latino, *La muerte de Vanderbilt*, novela que en Santiago había sido publicada en 1922 por la Editorial Cóndor. Hay un punto que vale la pena señalar sobre esta novela, y es que esta corresponde a una reescritura de *La tragedia del Titanic*, publicada en 1912 en Chile por Editorial Barcelona. La reescritura de sus obras aparecerá en varios momentos de la carrera del autor. Pero la incursión de Edwards en el mercado madrileño no queda ahí. Al respecto, reseña Juana Martínez:

En el mismo año de su llegada [1924], los editores madrileños Hernando y Galo Sáez sacan a la luz *El nacionalismo continental. Crónicas chilenas*, que mereció un detenido comentario de Luis Araquistain, uno de los pilares del periodismo de la época y famoso novelista y ensayista político, que también frecuentaba las tertulias literarias a las que asistía Edwards. Un año después los mismos editores publican *Tacna y Arica; Balmaceda-Alessandri. La tierra de Patiño. Cap Polonio*, y Ediciones Auriga, también en Madrid, saca otra recopilación similar con el título *Tacna y Arica; Cap Polonio*. (82).

Esta cita no solo revela la presencia del autor en el mercado madrileño, sino que es bastante elocuente con respecto a la respuesta por parte de los lectores; pero, ¿qué lectores eran estos? Resulta difícil rastrear la recepción de los lectores a nivel masivo de estas obras, ya que lo que se nos ofrece en el artículo de Martínez son comentarios de personajes del ambiente intelectual: en el caso específico de la cita reproducida, es un comentario de Luis Araquistain, periodista y novelista de la época, al cual Edwards Bello en sus entrevistas hace constantes referencias como autoridad en dicho ámbito. De hecho, la autora más adelante se refiere a la buena impresión, en contraste con lo que fue su primera llegada a la capital española, que produjo en Cansino Assens su novela *El chileno en Madrid*, publicada por Editorial Nascimento en 1928 (ver Martínez 83-84). Es muy presumible que las novelas de Edwards, en su distribución en España, hayan sido leídas mayoritariamente por el núcleo intelectual de las tertulias literarias en las que se había dado a conocer. Sin embargo, en Chile, su novela *El roto*, de 1920, tuvo sucesivas ediciones (la quinta será la que declara como definitiva), todas con un gran éxito entre sus consumidores. Hay que decir, eso sí, que hay un género en el que el lector popular⁵ y el lector culto se reúnen en torno a su obra: sus crónicas en *La Nación*. Se ha dicho ya que Edwards llega al periodismo por una cuestión de prestigio: una vez confirmada su valía como escritor, arriba a la arena del periódico: hay, por tanto, una influencia, una suerte de autoridad que ejerce la institución literaria, dando su “venia” al escritor de ficción para escribir en un periódico; Edwards fue “bendecido” en 1919. Hay una crónica interesantísima, que lamentablemente jugará en contra de la rigurosidad a la que aspira este texto,⁶ pero resulta muy elocuente con respecto a la visión de

⁵ Creemos que es justamente este punto uno de los grandes temas pendientes en el estudio de la crónica. A menudo se habla de la accesibilidad de cierto lector “popular” a las crónicas de autores dedicados a la literatura, cuyos textos poéticos o narrativos eran leídos más bien por otro tipo de lectores (que, para el caso, llamaremos “cultos”). En un país como Chile, y no es descabellado extrapolarlo a Latinoamérica, sobre todo en la primera mitad del siglo XX, hay que definir más precisamente lo que denota la etiqueta de lector popular o masivo. En el caso chileno, a la fecha del centenario, 1910, existe un sesenta por ciento de analfabetismo y, como diría Alejandro Venegas, “del cuarenta restante, no hay ni la mitad que tenga los conocimientos que se dan en una escuela primaria elemental; en consecuencia las cuatro quintas partes de los chilenos están en una situación mental que los obliga a creer en brujos” (363).

⁶ Esto, pues el editor del volumen en que esta está contenida, Alfonso Calderón, ha omitido la fecha de publicación de los textos, otorgándole al volumen una suerte de continuidad en torno a la similitud de los temas tratados. Me refiero a *El periodismo y otros asuntos*.

Edwards de la distancia que separa a las instituciones de España de las de Latinoamérica. El texto se titula “Prensa madrileña y prensa americana” y trata sobre la carencia en Madrid de “diarios de empresa, opulentos, con avisos y crónicas abundantes”; sin embargo, señala que “[e]n lo que nos superan sin discusión es en la elegancia del comentario y en la calidad literaria de la crónica” (Edwards, *En torno* 71). Se reproduce casi en su totalidad el segundo párrafo, pues constituye una reflexión sumamente pertinente para el tema que se está tratando:

España pasó de veintisiete millones de habitantes; Madrid, Barcelona y Valencia contaron entre los grandes centros editoriales europeos; además de eso prosperan las fábricas de papel; por dichas razones y por la abundancia de escritores llama la atención el hecho de que no haya en España un verdadero gran diario moderno. Los sueldos que pagan a los colaboradores y empleados no admiten comparación con los de Inglaterra, Estados Unidos, Brasil y Argentina. Castelar colaboró en un diario chileno. En los momentos difíciles los mayores talentos literarios de España se acordaron de los diarios americanos. Pío Baroja declaró a un argentino en París que la renta más segura con que contaba era la que percibía de *La Prensa* de Buenos Aires. [...] Entre las razones de peso para explicarnos la ausencia de un gran diario en España, hay la hostilidad al anuncio, la avaricia de los capitalistas y la tendencia de los escritores a convertirse en estilistas. [...] El verdadero periodismo queda en manos mediocres desde el momento que los mejores no se prestan para vivir en la promiscuidad o ejercicio cotidiano de simpatía con el público, que actualmente se compone de mujeres, de niños, de obreros, de deportistas y demás. La inclinación española a vivir de rentas, a individualizarse y separarse, contribuye a alejar la formación de un diario moderno. [...] El escritor español tiende a literato, a estilista y a antropocéntrico, esto es, a todo lo contrario de lo que debe ser el periodista. [...] Estos escritores soberbios, echados para atrás, sacando pecho y luciéndose, no se prestan para los diarios. Cuando escriben en diarios, el periodismo parece cosa de literatos para literatos. (71-73).

Resulta de una lucidez muy útil al presente análisis la reflexión del autor. Su conciencia de los elementos “externos” que influyen en la escritura aparecen vinculados íntimamente con el problema estilístico: el productor que decida escribir para un periódico debe someterse a una relación de simpatía con el vulgo, con un consumidor que no es un “literato”. En contraste, señala

la potencia editorial que resultan ser en la época algunas ciudades españolas y catalanas, lo cual confirma las reflexiones hechas por Even-Zohar con respecto a la ruptura del productor literario con las instituciones del poder político: a principios del siglo XX, el escritor español encuentra un mercado lo suficientemente consolidado como para publicar sus obras. Esto explicaría, en cierto modo, la acogida de las novelas de Edwards en dicho medio y, a la vez, la ausencia de publicaciones periodísticas suyas en medios españoles. Será, finalmente, en los periódicos chilenos donde encontrará su espacio el autor; al respecto, valga citar nuevamente las propias palabras de Edwards, en otra crónica de la misma compilación utilizada en la cita anterior, titulada “Consejos al joven que desearía ser escritor”:

Como negocio la literatura es nula todavía. Publicar obras por cuenta propia lleva al fracaso; es preciso contar con la organización que solamente los editores conocen. Por otra parte, el público espera todavía que les regalen o presten libros. Huidobro decía que un lector criollo piensa: “Ese libro vale 10 pesos, lo cual me representa un ganador y un placé para la carrera ‘fija’ de mañana. Luego decide no comprarlo”. Otro número grande de lectores pide turno a la Biblioteca; otros esperan a que pase el entusiasmo para comprar las obras de lance, por la tercera parte de su valor. [...] hay obritas mías que el público se arrebató. Pues bien: las cuatro obras que publicó, últimamente una editorial célebre no me produjeron 300 dólares, el cual dinero equivale al sueldo de una buena cocinera en Nueva York.

En 25 años los libros no me han dado honores ni dinero para vivir. El periodismo sí. Nuestra tierra no desea todavía literatos; prefiere a los periodistas, que son más llanos y baratos. El diario cuesta menos de un penique.

[...] Al joven que quisiera ser escritor, le digo: ¡Piénsalo bien! No ejercitarás otra cosa que los sueños. Soñarás y no vivirás. Ningún escritor se hace rico con sus libros, aquí. Mediante el mismo trabajo, ingenieros, arquitectos, altos empleados, se hicieron millonarios. Una novela de veras da tanto trabajo como el que gasta un arquitecto en trazar el plano de una casa, y tú, escritor ganarás mil, dos mil pesos, en tanto el arquitecto embuchará de 200 a 500 mil. Piénsalo mucho antes de ingresar en Santiago para hacerte glorioso. (Edwards, *En torno* 48-51)

Tras la lectura de esta larga cita no se puede ignorar la motivación, en parte, económica que lleva a Edwards al periodismo. Mientras que en el sistema español los escritores pueden permitirse, a causa de su posibilidad de publicar literatura “de ficción” a través de un sólido mundo editorial, evadir la plataforma periodística, en Chile esto resulta muy difícil. Cuesta encontrar autores que no hayan recurrido a esta entrada económica para poder sobrevivir en la sociedad moderna. Si se piensa en la cita anterior, señalaba Edwards que el mayor ingreso recibido por Baroja eran sus colaboraciones en la prensa argentina. Esto no responde a nada más que la ley de oferta y demanda: el público prefiere a los periodistas.

Tras este largo ejercicio de exposición histórica, se puede concluir que, si bien Edwards tiene tímidos acercamientos infantiles al periodismo, comienza publicando novelas y cuentos; es en la ficción donde se consolida su nombre como escritor, tanto en Chile como en el extranjero. Será recién tras la vuelta de unos de sus viajes a España que, dado el prestigio alcanzado como novelista, es invitado a colaborar en el periódico santiaguino *La Nación*. Estos elementos que rodean la producción literaria y cronística del autor (para mí, parte de un mismo conjunto) es totalmente necesario tomarlos en cuenta a la hora de construir la historia de la literatura latinoamericana y de cualquier literatura. Pensar en las instituciones que cobijan a un productor que escribe crónicas y publica novelas, revisar cómo se desenvuelve en los mercados y con los repertorios que trabaja nos permite acercarnos de un modo más pragmático al fenómeno literario. Por supuesto, en este trabajo no se ha podido llevar a cabo un análisis específico siquiera de una crónica del autor, pues no era ocasión de hacerlo. Sin embargo, la contextualización que se ha hecho permitiría enmarcar cualquier análisis, ya sea de tipo estilístico, temático o retórico, tanto de las crónicas como de las novelas de Edwards.

Es en este sentido que afirmo que la teoría del polisistema literario puede resultar sumamente útil a la hora de abordar géneros que se presentan esquivos y difíciles de aprehender por la tradición genérica occidental; géneros híbridos, pero que, independientemente de cuáles sean los géneros que se están interfertilizando en ellos, tiene determinadas condiciones de producción y recepción, las cuales van a influir en el producto final. Finalmente, hay que decir

que, no obstante lo frío de la terminología de Even-Zohar, pareciera este sistema un buen principio para cubrir algunos de los vacíos metodológicos que han quedado, hasta nuestros días, en la construcción de las historiografías literarias con respecto a géneros que escapan a los moldes tradicionales.

Bibliografía

Calderón, Alfonso. *El periodismo y otros asuntos*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1969.

Edwards Bello, Joaquín. *En torno al periodismo y otro asuntos*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1969.

Edwards Bello, Joaquín. *El roto*. (1920). Santiago: Editorial Universitaria, 2007.

Edwards Bello, Joaquín. *Crónicas reunidas I 1921-1925*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2008.

Edwards Bello, Joaquín. *Crónicas reunidas II 1926-1930*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2009.

Edwards Bello, Joaquín. *Crónicas reunidas III 1931-1933*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2010.

Edwards Bello, Joaquín. *Cartas de ida y vuelta*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2010.

Edwards Bello, Joaquín. *Crónicas reunidas IV 1934-1935*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2011.

Even-Zohar, Itamar. “El ‘sistema literario’”. *Poetics Today* 11.1 (primavera 1990): 27-44. <http://www.tau.ac.il/~itamarez/works/papers/trabajos/EZ-sistema_literario.pdf> (20 de julio 2011).

García-Huidobro, Cecilia. *Un transatlántico varado en Santiago*. Santiago: El Mercurio, Aguilar, 2005.

Mackenbach, Werner. “Introducción”. *Intersecciones y transgresiones: propuestas para una historiografía literaria en Centroamérica. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas – I*. Guatemala: F&G Editores, 2008. ix-xxix.

Martínez, Juana. “Chilenos en Madrid”. *Anales de literatura chilena* 4 (2003): 73-91. <http://www.uc.cl/letras/html/6_publicaciones/pdf_revistas/anales/a4_4.pdf> (20 de julio 2011).

Montes, Hugo, y Julio Orlandi. *Historia de la literatura chilena. Revisada y puesta al día*. Santiago: Zig-Zag, 1982.

Morales, Leonidas. “Joaquín Edwards Bello: crónica y crítica de la vida cotidiana chilena”. *Revista chilena de literatura* 74 (2009): 57-58.

Pizarro, Ana. “¿Diseñar la historia literaria hoy?” *Estudios. Revista de investigaciones literarias* 4.8 (1966): 71-77.

Ramos, Julio. *Desencuentros de la Modernidad en América Latina: Literatura y política en el siglo XIX*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1989.

Rotker, Susana. *La invención de la crónica*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2005.

Silva Castro, Raúl. *Creadores chilenos de personajes novelescos*. Santiago: Biblioteca de Alta Cultura, 1950.

Tötösy de Xepetnek, Steven. “La literatura comparada y la aproximación sistémica a la literatura y la cultura”. *La literatura comparada: principios y métodos*. Madrid: Gredos, 1998.

Urbistondo, Vicente. *El Naturalismo en la novela chilena*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1966.

Venegas, Alejandro. *Sinceridad, Chile íntimo en 1910*. Santiago: CESOC, 1998.